

y golpear de manos a una con ellas hacen un estruendo, que rueda siempre por aquel espacio eternamente oscuro, como la arena cuando sopla el torbellino» (1). Mezclados al coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios, sino que camparon por sí, están en esa llanura, especie de atrio del Infierno, «los que vivieron sin infamia y sin gloria», es decir, los que no se cuidaron de hacer obras dignas de loa, y los pusilánimes o apocados (2). Por la llanura corre circular el Aqueronte, a cuyas estériles orillas se agolpan de todos los países cuantos mueren en la ira de Dios. «La justicia divina los espolea de manera que el temor viene a trocarse en deseo de sufrir el merecido castigo.»

Pasado el Aqueronte, en el centro de la oscura campiña, se abre «el valle del abismo doloroso que recoge infinitos ayes, oscuro, profundo, nebuloso». El valle se va estrechando gradualmente en forma de cono invertido, de anfiteatro o, más exactamente, de embudo. Ceñidos a las paredes de ese valle avanzan, levemente inclinados, hasta nueve rellanos o cercos, en que son castigados los diferentes pecadores. El primero es el cerco que pudiéramos llamar de los «suspiros»: deseos del alma

(1) Infierno, III, 22-30. Cito por la edición de E. Moore y traduzco por mi cuenta, procurando guardar en lo posible el sabor del original.

(2) Dos clases, en sentir de Flamini, I, 220-232.